

—¿De modo que á usted no le gusta su trabajo?

—¿A mí? Yo no quiero nada.

Fué preciso que Hubertina la hiciese callar con severidad; y rogó á Feliciano que dispensase á aquella niña nerviosa, añadiendo que al día siguiente, á primera hora, tendría á su disposición la mitra. Era una despedida, pero Feliciano no se fué: se quedó mirando el antiguo taller, impregnado de paz y de sombra: le pareció que le arrojaban del paraíso. Allí había sentido la ilusión de horas tan dulces, y sentía que allí quedaba su corazón arrancado del pecho. Lo que más le atormentaba era el no poder explicarse y tener que llevar consigo la horrible incertidumbre. Al fin tuvo que marcharse.

Apenas cerró la puerta, Hubert preguntó:

—¿Qué tienes, muchacha? ¿Te sientes mal?

—No, no: ese chico que me fastidiaba. No quiero volverlo á ver.

Hubertina intervino:

—Bueno, no le verás más; pero esto no impide el ser atenta con las gentes.

Angélica, con un pretexto cualquiera, subió, apresuradamente á su cuarto, y allí estallaron los sollozos. ¡Qué feliz era, y cuánto sufría! Su pobre amor adorado, ¡qué triste debía haberse ido! Pero lo había jurado á las Santas. Le querría hasta la muerte, y nunca se lo diría.



En la tarde del mismo día, en cuanto acabaron de comer, Angélica dijo que no se encontraba bien, y subió á su cuarto. Las emociones de la mañana, las luchas consigo misma sostenidas, le habían rendido.

Se acostó en seguida, y se echó á llorar, tapándose la cabeza con las sábanas, presa de violenta desesperación y de deseo de anonadamiento, de no existir.

Deslizáronse las horas y llegó la noche; una ardiente noche de Julio, cuya pesada quietud entraba por la ventana, abierta de par en par. En el cielo negro relucía el hormigueo de las estrellas: debían ser las once, ó muy cerca: la luna no salía hasta media noche, y el cuarto menguante estaba muy adelantado.

El cuarto estaba lleno de oscuridad, y Angélica lloraba con un raudal inagotable de lágrimas, cuando un golpe dado en la puerta le hizo levantar la cabeza.

—¡Angélica!... ¡Angélica!... ¡Hija mía!...

Reconoció la voz de Hubertina, que indudablemente, al ir á acostarse con su marido, había oído el lejano rumor de sollozos, y sobresaltada y á medio vestir, subía á ver qué era.

—¡Angélica! ¿Te encuentras mal?

Conteniendo la respiración, Angélica no contestó: no sentía más que el deseo vehemente de estar sola, como único alivio á su mal. Una caricia, una palabra de

consuelo, aun de su misma madre, la hubieran hecho daño: imaginóse la detrás de la puerta, y adivinó que estaba descalza, por el tenue roce que producía en el suelo. Pasaron dos minutos, y allí seguía Hubertina inclinada, con la oreja pegada á la puerta, sosteniendo con sus hermosos brazos las ropas que se le caían. Al fin, no oyendo nada, ni el rumor leve de un suspiro, no se atrevió á llamar otra vez. Estaba segura de haberla oído gemir; pero si al fin dormía, ¿por qué despertarla? Esperó un minuto más, llena de turbación ante aquella pena que su hija le ocultaba, adivinando confusamente algo, y presa de una grande y tierna emoción. Se decidió á bajar como había subido, guiándose por las manos en las vueltas y revueltas de la escalera y los pasillos, sin dejar tras de sí, en la casa llena de oscuridad, más ruido que el del roce de sus pies descalzos.

Entonces Angélica, sentada en su cama, á su vez escuchó: el silencio era tan absoluto, que oía la presión ligera de los pies de Hubertina en cada peldaño. Luego oyó que se habría la puerta del cuarto de abajo y que se volvía á cerrar, y percibió un murmullo que apenas se notaba, cuchicheos tristes y afectuosos, lo que sus padres indudablemente se decían hablando de ella, de sus temores y sus deseos; y esto no cesaba, á pesar de que ya debían de haberse acostado, después de apagar la luz.

Nunca habían sabido tan claros hasta ella los rumores nocturnos de aquella vieja casa: habitualmente se dormía con un profundo sueño juvenil, sin oír siquiera crujir los muebles, mientras que ahora, en el insomnio de su pasión contrariada, le parecía que toda la casa amaba y se lamentaba. ¿Serían los Hubert, que también ocultaban sus lágrimas y toda la ternura desesperada y desolada de su propia esterilidad? No lo sabía; pero tenía la sensación, en aquella tibia noche y en el piso de abajo, de la casta vela de los dos esposos, de un grande y puro amor, y también de una profunda

pena, del largo y casto abrazo de eternas bodas, siempre renacientes.

Y en tanto que así estaba, sentada, escuchando cómo la casa toda se estremecía y suspiraba, Angélica no pudo contenerse, y rompió de nuevo á llorar; pero ahora con lágrimas tibias, mudas y vivas, que parecían sangre de sus propias venas. Una duda, desde la mañana, daba vueltas en su cerebro, y la hería en todo su ser: ¿había tenido razón en hacer desesperar á Feliciano y en despedirle, dejándole ir con la idea de que no le quería, clavada en su corazón como un puñal? Lé amaba, y sin embargo le había causado aquel sufrimiento, del cual á su vez sufría. ¿Por qué tanto dolor y pena tanta? ¿Pedían lágrimas sus Santos? ¿Por ventura Santa Inés se enojaría si la viera dichosa? Y ahora una duda la destrozaba. Antes, cuando esperaba al que debía venir, en su imaginación arreglaba las cosas mucha mejor... Vendría, se reconocerían y se irían los dos juntos para siempre. Sin embargo, había venido, y así estaban, uno y otro sollozando, separados para siempre. ¿Para qué? ¿Qué había sucedido? ¿Quién le había arrancado el juramento de amarle sin decirselo?

Sobre todo, lo que la llenaba de desolación era la idea de haber sido ella la culpable de todo y haber sido mala. Quizá era la muchacha malvada de otras veces la que le había rechazado. Recordaba, llena de asombro, su juego indiferente, la manera burlesca que tenía de recibir á Feliciano, el placer malicioso que sentía dándole una idea falsa de sí misma. Redoblaban sus sollozos y su corazón se llenaba de compasión infinita, inmensa, ante la pena que había causado sin quererlo. Le volvía á ver marchándose, recordaba el trastorno de su semblante, los ojos llenos de lágrimas, los labios temblorosos, y le seguía con la imaginación, por las calles hasta su casa; siempre pálido, herido de muerte por ella, desangrándose gota á gota. ¿Dónde estaría á aquella hora? ¿No le tendría postrado la fiebre? Se retorcia las manos,

llena de angustia, antela idea de no saber cómo reparar el mal que había causado. ¡Hacer sufrir! Pensamiento que la indignaba. Hubiera querido ser buena; llenar de felicidad á cuanto la rodeaba.

Poco faltaba para que dieran las doce: los altos olmos del Palacio episcopal ocultaban á la luna que había asomado por el horizonte, y el cuarto seguía lleno de oscuridad. Entonces, con la cabeza puesta en la almohada, Angélica cesó de pensar y quiso dormir, pero no pudo: las lágrimas seguían brotando y salían entre sus párpados cerrados. Y volvía el pensamiento, pensaba en las violetas que hacía quince días hallaba en el balcón; todas las noches al subir para acostarse, encontraba un ramo de violetas. Sin duda Feliciano lo tiraba desde el Cercado de María, porque recordaba haberle contado que sólo el perfume de las violetas la calmaba por singular virtud, en tanto que el perfume de otras flores la producía terribles jaquecas. De modo que era él quien la proporcionaba noches tranquilas, sueño embalsamado, refrescado por ensueños agradables. Aquella noche había puesto el ramo en la almohada. De pronto se le ocurrió la idea feliz de cogérselo, se lo puso junto á la mejilla, y se tranquilizó poco á poco á fuerza de respirarlo. Las violetas secaron sus lágrimas. No dormía, pero estaba con los ojos cerrados, impregnándose de aquel perfume que provenía de él, dichosa con descansar y esperar, llena de confianza, con tal abandono de su ser.

De pronto se estremeció. Dieron las doce; abrió los ojos, y se quedó sorprendida, viendo su cuarto lleno de viva claridad. Por encima de los olmos subía lentamente la luna, apagando las estrellas una á una en el cielo blanquecino. Por la ventana se veía el ábside de la Catedral, muy blanco. Parecía que era el reflejo de aquella blancura lo que alumbraba el cuarto, con una luz de amanecida, lechosa y fresca. Las paredes blancas, las vigas blancas, toda aquella blanca

desnudez resultaba acrecentada, agrandada y como hundida en un ensueño. Angélica, sin embargo, reconoció los muebles viejos de encina oscura, el armario, el arca y las sillas con las aristas relucientes de lo tallado. Tan sólo la cama, cuadrada, de anchura regia, la conmovió, como si no la hubiese visto nunca, con su cortina de indiana vieja, de color de rosa, de tal modo bañada por ancha y profunda sábana de blancura, que le parecía hallarse en medio de una nube, en el cielo, llevado por un vuelo de alas mudas é invisibles; llegó un momento en que sintió el balanceo amplio del vuelo aéreo; pero luego sus ojos se fueron acostumbrando, vió que la cama estaba en su sitio de costumbre, y se quedó con la cabeza inmóvil, baja la mirada, en medio de aquel lago de rayos luminosos, con el ramo de violetas en los labios.

¿Qué esperaba? ¿Por qué no podía dormir? Ahora estaba segura de ello; esperaba á alguien: si había dejado de llorar, se debía á que él iba á venir. Le anunciaba aquella claridad consoladora que ahuyentaba la negrura de las pesadillas. Iba á venir: la luna mensajera había entrado antes que él para alumbrarles con aquella blancura de aurora. El cuarto estaba tapizado de blanco terciopelo, y podrían verse bien, y adorarse.

Se levantó y se vistió; no se puso más que un vestido blanco: el de muselina que llevaba el día de la excursión á las ruinas de Hautecœur. Ni siquiera ató su cabellera, que caía sobre sus hombros; tenía los pies descalzos dentro de las zapatillas. Y esperó.

Desde luego Angélica no sabía por donde llegaría. ¡Claro! No podría subir, y se contentarían con verse, ella asomaba á la ventana, él abajo, en el Cercado. Sentóse, sin embargo, como si sintiera la inutilidad de ir á la ventana. ¿Por qué no había de abrirse paso á través de los muros, como los Santos de la *Leyenda*.

Se quedó esperando; pero no era la única que esperaba, y sentía á su alrededor todas las Santas vírgenes,

bandada blanca que la rodeaba desde su infancia. Venían con el rayo de la luna, desde los grandes árboles misteriosos del Palacio episcopal, de las copas azules, de los rincones perdidos de la Catedral, cruzando su bosque de piedras. De todo el horizonte, bien conocido y amado, del Temblón, de los sauces, de las espinas venían, para que les oyera Angélica, sus deseos, sus esperanzas, todo lo que de sí misma había puesto en las cosas que la rodeaban, y que éstas le devolvían ahora. Nunca habían hablado tan alto las voces de lo invisible, y se quedaba escuchando lo que venía de un más allá, y reconocía en el fondo de la noche, cálida, sin el menor soplo de aire, el ligero rumor, que para ella era el roce del vestido de Santa Inés, cuando la guardiana de su cuerpo estaba á su lado. Reía ante la idea de que Santa Inés estaba allí con todas las demás. Y esperaba.

Transcurrió todavía algún tiempo, de cual Angélica no se dió clara idea.

Y cuando Feliciano llegó saltando el pasamanos del balcón, le pareció una cosa natural. Su alta estatura se destacaba sobre cielo blanco.

No entró; se quedó en el cuadro luminoso de la ventana.

—No tenga usted miedo; soy yo, que he venido.

Angélica no tenía miedo; encontraba simplemente que había sido puntual.

—Ha subido usted por las maderas de la pared, ¿no es verdad?

—Sí, por las maderas.

Aquel medio tan natural le causó risa, y él también se echó á reír. Con efecto; primero había subido al tejadillo de la puerta, y luego, trepando por el pie derecho, que se apoyaba en el basamento del piso bajo, había subido fácilmente hasta el balcón.

—Le esperaba á usted. Acérquese... Feliciano, que llegaba violento, decidido á las más locas determinaciones, no se movió, lleno de aturdimiento ante aquella repentina felicidad. Y ahora Angélica estaba

segura de que las Santas no la inpedían que amase, porque las oía, recibéndole con ella, con risa afectuosa, ligera como el aliento de la noche. ¿Por dónde se la podía haber ocurrido la necedad de que Santa Inés se enfadaria? Al contrario, la Santa estaba á su lado irradiando una felicidad que sentía que bajaba por sus espaldas y la abrazaba, algo como la caricia de dos grandes alas. Como todas habían muerto de amor, se mostraban compasivas ante las penas de las vírgenes, y si aparecían flotando en las noches ardientes era para velar, invisibles, sobre sus amores y sus lágrimas.

—Acérquese usted. Le esperaba.

Entonces Feliciano entró tambaleándose, Había llegado impulsado por la pasión, diciéndose que la quería y que la estrecharía entre sus brazos hasta ahogarla, aunque gritase. Y de pronto, hallándola tan dulce, al entrar en aquel cuarto tan puro y tan blanco, volvió á encontrarse más débil y más cándido que un niño.

Se adelantó tres pasos; pero temblaba, y cayó de rodillas lejos de ella.

—Si usted supiese... ¡Qué espantoso sufrimiento! Nunca había padecido tanto. No hay mayor dolor que el de no ser amado. Quiero perderlo todo, ser un desgraciado, morir de hambre ó torturado por las enfermedades, pero no quiero pasar un día más con este dolor que roe el corazón, repitiendome á mí mismo que no me quiere usted. Sea usted buena y tenga compasión de mí.

Angélica le escuchaba en silencio, trastornada y llena de compasión, pero feliz.

—¿Cómo me ha dejado usted marchar esta mañana? Yo creía que se había vuelto usted mejor y que me había comprendido; y me la he encontrado como el primer día, indiferente, tratándome como á cualquier parroquiano, recordándome con dureza las cosas bajas de la vida. En la escalera vacilaba. Al llegar á la calle he corrido, temiendo romper en lágrimas. Después, cuando he

entrado en mi casa, me parecía que si me encerraba en ella me iba á ahogar. Y he salido, me he ido al campo al azar, siguiendo primero un camino, luego otro... Vino la noche, y seguía andando; pero el dolor corría con la misma rapidez que yo, y me devoraba. Cuando se ama no se puede huir del tormento del amor. Mire usted: ¡aquí es donde clavó usted el cuchillo, y la punta penetra cada día más y más!

Y exhaló un profundo gemido, recordando sus torturas candentes.

—Me he encontrado en tierra, derribado por el dolor como un árbol tronchado. No había nada; no existía nada más que usted. Me sentía morir con sólo pensar que no era usted para mí. Mis pies se embotaban, mis manos se helaban; una locura se apoderó de mí. Por esto he vuelto. No sé por dónde he pasado, ni cómo he llegado hasta aquí. Perdóneme usted; pero hubiera derribado las paredes á puñetazos, hubiera trepado hasta su ventana en mitad del día. No me sentía dueño de mí mismo, y ahora, ¡oh! ahora le pido á usted que sea buena.

Angélica estaba en la sombra; él, arrodillado y bañado por la luna, no la veía cómo estaba pálida de ternura y arrepentimiento, tan conmovida que no podía hablar. La creyó insensible, y juntó las manos.

—Viene esto de muy lejos. De una noche en que la ví en esta ventana. No era usted más que una blanchura sin forma; apenas podía adivinar su cara, y sin embargo la veía tal como es usted. Pero tenía mucho miedo, y durante muchas noches he andado sin tener el valor de salir á su encuentro de día, y luego... lo diré todo. Me gustaba usted rodeada de aquel misterio, y era feliz viéndola en sueños como una desconocida que nunca llegaría á conocer. Más tarde supe quién era usted; no es posible resistir á la necesidad de saber y de realizar lo que uno ha soñado. Y entonces comenzó esta fiebre, que ha crecido á cada nuevo encuentro.

¿Recuerda usted la mañana en que nos hablamos por vez primera, en ese campo, cuando yo miraba á la vidriera? Nunca me he sentido tan torpe, é hizo usted bien en burlarse de mí. Luego la asusté, y comprendí que seguía siendo un necio, persiguiéndola hasta en casa de sus padres. Pero ya no era dueño de mi voluntad, y hacía las cosas miedoso y asombrado de hacerlas. Cuando me presenté á hacer el encargo de la mitra, iba impulsado por no sé qué fuerza, y á la vez convencido de que había de disgustarla. ¡Si usted supiera cuán desgraciado soy! No me ame usted, pero déjeme amarla. Sea usted fría y mala; la amaré á usted, sea como quiera. Sólo le pido verla, sin esperanza, por el goce único de estar así, de rodillas ante usted.

Se calló desfallecido, acobardado ante la convicción de que no daba con nada que pudiese conmovérla. No veía que se sonreía, con una sonrisa invencible, que poco á poco había plegado sus labios. ¡Pobre y adorado muchacho! ¡Era tan ingenuo y creyente, recitando la plegaria de amor de su corazón joven y apasionado, quedando ante ella en éxtasis como ante el ensueño de su juventud! ¡Y pensar que primero había luchado para no volverle á ver y que luego se había jurado amarle sin esperar que él nunca llegase á saberlo!

Reinaba un gran silencio... Las Santas no podían prohibir que se amase, cuando se amaba así. Detrás de ella se había corrido algo alegre, un estremecimiento leve, la onda de la luna que seguía invadiendo el cuarto. Un dedo invisible, el de su Santa guardiana, sin duda, se pasó en su boca, para deshacer el juramento. Ya podía hablar. Todo lo que flotaba potente á la par que tierno á su alrededor, le dictaba palabras.

—¡Ah! sí; ya recuerdo... ya recuerdo.

Y Feliciano en seguida se sintió prisionero de la música de aquella voz, cuyo encanto era para él tan fuerte, que su amor crecía sólo con oírlo.

Sí, ya recuerdo... cuando vino usted por la noche.

Era tan lejos, los primeros días, que el rumor de sus pasos me hacía dudar. Luego le reconocí y después vi su sombra, y al fin una noche se puso usted en medio de la luz blanca; era una noche parecida á la de hoy. Y recuerdo la risa que quise contener, y que estalló á mi pesar, cuando pescó usted una pieza de ropa que el Temblón se llevaba. Y mi ira cuando me robaba usted mis pobres dándoles tanto dinero, que parecía yo avarienta. Y recuerdo el miedo que sentí aquella tarde en que me hizo usted correr tanto, con los pies descalzos, por la hierba. Sí; lo recuerdo, lo recuerdo...

Y su pura voz cristalina se turbó un poco, como con el estremecimiento del último recuerdo que evocaba, y como si el *te amo* de Feliciano hubiese rozado nuevamente su puro semblante. Mientras, él la escuchaba embelesado.

—He sido muy mala, es verdad. ¡Es una tan necia cuando no sabe nada! Hace una cosas que cree necesarias, con miedo de ocurrir en falta, obedeciendo á su propio corazón. ¡Pero cuántos remordimientos tuve luego y cuánto he sufrido con el sufrimiento de usted! Aunque quisiera explicarlo, no podría. Cuando usted vino con el dibujo de Santa Inés, me alegró la idea de trabajar por usted, y estaba segura de que volvería usted todos los días. ¡Y pensar que he fingido indiferencia como si tratase de echarle de la casa! ¡Como si fuese necesario hacerle tan desgraciado! Cuando hubiese querido recibirle con los brazos abiertos, sentía en el fondo de mí otra mujer que se sublevaba, que temía y desconfiaba, que se complacía en torturarle con la incertidumbre; todo ello con la idea vaga de que había que dirimir entre los dos alguna cuestión antigua, cuya causa ya hubiese olvidado. No soy siempre buena; brotan en mí cosas que no conozco. Y lo peor es que hablé de dinero. ¡El dinero! ¡Yo que no pienso nunca en él, y quisiera tenerlo á carros sólo por el gusto de derramarlo donde yo quisiera! ¡Qué diversión y qué malicia

tan necias en gozar calumniándome así! ¿Me perdona usted?

Feliciano seguía á sus pies: había andado hacia ella de rodillas. Era aquello algo inesperado y sin límites, y desfallecía de dicha. Murmuró:

—¡Ah, vida mía! Inestimable, bella y buena, con una bondad prodigiosa que me ha curado de golpe. Ya no sé si he sufrido. Usted es quien debe perdonarme, porque tengo que confesarle una cosa... tengo que decir, le quién soy.

Volvió á sentirse presa de gran turbación ante la idea de que ya no podía seguir ocultando quién era, cuando ella se abría á él con tanta confianza. Era ya algo desleal. Dudó, sin embargo, con el temor de perderla, si Angélica sentía inquietudes por el porvenir, al saber quién era.

Angélica esperaba á que hablase; otra vez, y á pesar suyo, con algo de malicia. Y en voz muy baja Feliciano añadió:

—He mentado á sus padres.

—Sí, ya lo sé, contestó Angélica sonriendo.

—No, no lo sabe usted, ni puede saberlo: es algo tan distinto... Pinto en vidrio por gusto, y sepa usted...

Peró con un gesto rápido Angélica le tapó la boca, conteniendo su revelación:

—No quiero saber nada. Le esperaba á usted, y ha venido. Basta.

Feliciano se calló: aquella manecita puesta sobre su boca, le llenaba de dicha.

—Lo sabré más adelante... cuando convenga. Y luego le aseguro que lo sé. Usted no puede ser más que el más hermoso, el más rico y el más noble, porque así lo he soñado; y espero tranquila, con la seguridad de que se realizará mi ensueño. Usted es el que yo esperaba, y soy suya...

Nuevamente hubo de callarse, entremecida con las palabras que pronunciaba y que no buscaba, sino que

llegaban hasta ella, viniendo de la noche hermosa del cielo, todo blanco, de los árboles viejos, y las piedras, también viejas, que fuera dormían, soñando en voz alta, y otras veces detrás de ella la susurraban las voces de sus amigos de la *Leyenda*, que poblaban el aire. Pero faltaba por decir una palabra; aquella en que todo iba á fundirse, la espera lejana, la lenta creación del amante, la fiebre de los primeros encuentros, acrecentada. Y la palabra pareció volar, con el vuelo de un pájaro matutino, en la virgínea blancura del cuarto:

—Te amo.

Angélica, con las manos abiertas, apoyadas en las rodillas, se entregaba. Y Feliciano recordaba el día en que corría con los pies desnudos por la hierba, tan adorable, que la había perseguido para balbucear á su oído:

—Te amo.

Y ahora veía que aquello no era otra cosa que la contestación que le daba con el mismo grito: *Te amo*, el grito eterno, al fin, exhalado por su corazón.

—Te amo. Tómame, llévame. Soy tuya.

Se entregaba toda ella, con toda su persona. Era un fuego hereditario que se había encendido en ella. Sus manos, á tientas, abrazaban el vacío; su cabeza se doblegaba sobre su cuello delicado. Si Feliciano hubiese abierto sus brazos, Angélica hubiera caído en ellos, ignorante de todo, cediendo al impulso de sus venas, no sintiendo más que la necesidad de fundirse en él, que habiendo entrado para tomarla y hacerla suya, se echó á temblar ante aquella inocencia llena de pasión.

La cogió suavemente por las muñecas y volvió á poner sobre el pecho de Angélica sus manos cruzadas. La miró un instante, sin ceder á la tentación de besar sus cabellos.

—Me amas y te amo. ¡Ah, Dios mío! Tener la seguridad de ser amado...

Pero algo les sacó de su embeleso. ¿Qué era? Le veía

bañado de luz blanca; le parecía que la claridad de la luna se había agrandado y resplandecía como la del sol. Era el alba: una nube de púrpura enviaba su luz desde los olmos del Palacio episcopal. ¿El día ya? Se quedaron confundidos, sin comprender cómo habían pasado algunas horas, hablando, sin haber dicho nada ella, y teniendo él tantas cosas que decirle.

—¡Un minuto, no más que un minuto!

El alba sonriente crecía, impregnada de la tibieza de un ardoroso día de estío. Una á una se habían desvanecido las visiones errantes, las invisibles amigas, partidas en un rayo de la luna. Ahora, á la luz del día, el cuarto no tenía más blancura que la de sus paredes y su techo, resultando más vacío con los muebles antiguos de encina negra. Veíase la cama deshecha, que á medias ocultaba una cortina caída.

Un momento más, un momento...

Pero Angélica se levantó, negándose y dando prisa á Feliciano; desde que la luz del día les alumbraba, sentía una profunda turbación, que aumentaba con la vista de la cama. Creyó oír á su derecha un leve ruido, y que sus cabellos se mecían á pesar de que no había penetrado un solo soplo de aire... ¿Será Santa Inés que se iba, la última, echada por el sol?

—No, déjame: te lo ruego. Hay ahora tanta luz, que tengo miedo.

Feliciano entonces obedeció y se marchó. Ser amado era más de lo que deseaba. Desde la ventana, sin embargo, se volvió y la miró largo rato, como si quisiera llevarse algo de ella. Entrambos sonreían, bañados por el alba, en la caricia prolongada de sus ojos.

Una vez más Feliciano dijo:

—Te amo.

Y Angélica repitió:

—Te amo.

No hubo más. Bajó él rápidamente por el pie dere-

cho de la fachada, con agilidad, y ella, asomada á la ventana, le siguió con la vista.

Había cogido el ramo de violetas, y lo aspiraba para disipar la fiebre. Y cuando Feliciano atravesó el Cercado y levantó la cabeza, vióla que besaba las flores.

Apenas Feliciano había desaparecido por detrás de los sauces, Angélica se alarmó, oyendo abajo abrir la puerta de la casa. Daban las cuatro, y nadie se levantaba nunca hasta dos horas después. Aumento su sorpresa al ver á Hubertina, cuando, por lo regular, Hubert bajaba el primero.

Vióla pasear lentamente por el estrecho jardín, los brazos caídos, pálida la cara á la luz de la mañana, como si se ahogase en su habitación después de una noche ardorosa de insomnio.

Hubertina era todavía hermosa; iba vestida con un sencillo peinador; la cabellera atada de prisa; parecía á la vez muy cansada, dichosa y desesperada.

VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 1939
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente, Angélica, en cuanto despertó, corrió á la ventana: había dormido ocho horas, con uno de esos sueños dulces y profundos que reposan de las grandes felicidades. El cielo era purísimo; continuaba el calor, á pesar de una gran tempestad que el día anterior la había inquietado, y gritó alegremente á Hubert, que abría los postigos del piso bajo:

—¡Padre, padre, hace sol! ¡Qué contenta estoy! La procesión será muy hermosa...

Y de prisa y corriendo se vistió y bajó.

Era el 28 de Julio, día en que la procesión del Milagro recorría las calles de Beaumont. Todos los años, día tan señalado se festejaba en casa de los Hubert: no se tocaba ni una aguja y se pasaba el día arreglando la casa, de un modo tradicional que las madres legaban á las hijas hacia cuatrocientos años.

Angélica, tomando apresuradamente su café con leche, se ocupaba ya de las colgaduras.

—Madre: habría que repararlas para ver si estan en buen estado.

—Tenemos tiempo, contestó Hubertina con acento tranquilo. No las pondremos hasta mediodía.

Se trataba de tres paños admirables, de bordado antiguo, que los Hubert conservaban devotamente, como una reliquia de familia, y que sacaban una vez al año, el día de la procesión.